

Sólo hallan «latas y algún tapón de litrona» donde se creía que estaba Lorca

Concluye la búsqueda de los fusilados en el parque de Alfacar sin encontrar ningún hueso

JOSÉ A. CANO / Granada

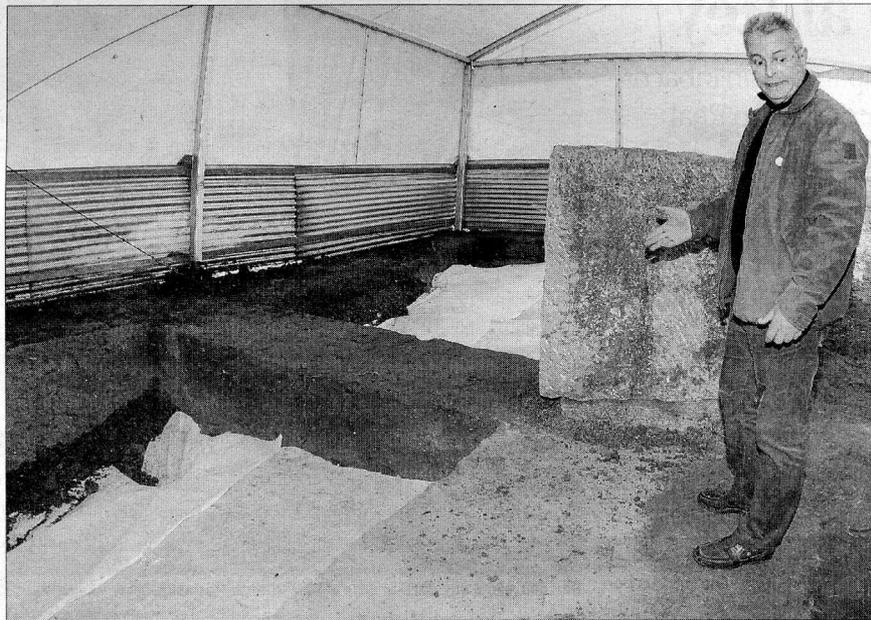
Meses de titulares y flashes –que rebotaban sobre las blancas paredes de la carpa– y años de flores junto al monolito y estudios sesudos que erraban el blanco. Al menos, atendiendo a los resultados presentados ayer por la Consejería de Justicia y la Asociación Granadina para la Recuperación de la Memoria Histórica (Agrmh) en el avance del informe final sobre la excavación en el Parque García Lorca de Alfacar.

Probablemente Lorca fue fusilado en ese lugar, pero nunca estuvo enterrado allí. De hecho, nadie lo estuvo, y, por tanto, nadie fue desenterrado, ni hallado por los arqueólogos, ni detectado por el georradar, ni trasladado de fosa, ni varios ni más. Así lo hizo saber la consejera Begoña Álvarez y así lo explicó Francisco Carrión, el arqueólogo de la Universidad de Granada que ha dirigido los trabajos.

«Hemos excavado sin utilizar maquinaria y centímetro a centímetro», narró Carrión, «y no hemos encontrado rastro de esquirlas de hueso o dientes, que suele ser lo habitual, ni tampoco casquillos de bala». Sólo «latas y algún tapón de litrona».

En algunos puntos «habría sido imposible enterrar a nadie», dijo refiriéndose a la célebre «gran roca» que con ese título se anunció el pasado 20 de noviembre, y que Carrión aclaró que era «no una roca sino la misma configuración del terreno». Lo único parecido a una evidencia es «una marca de bala, que se reconocen fácilmente por ser muy características», pero que «no se puede verificar ni de cuándo es ni si salió de un arma militar o de una escopeta de caza».

La presidenta de la Agrmh, Mariabel Brenes, explicó a este diario que ahora toca «revisar» las investigaciones históricas, en concreto la realizada por la Diputación de Granada en 1980 antes de comprar el terreno del actual parque, y que se basó «en los testimonios disponibles desde los años 50 hasta entonces».



El director de la excavación en Alfacar, Francisco Carrión, junto a las fosas donde se creía que estaba Lorca. / EFE

No pueden verificar si la única marca de bala en una roca es de un arma militar o de caza

Sobre el destino de los Galadí, Arcollas, Roldán y Cobo, entre otros, cuya petición de búsqueda provocó el comienzo de todo –los descendientes de Lorca no lo reclamaron en ningún momento–, Brenes consideró que «lo único que lamenta» es tener que decirle a las familias que «ahora sus seres queridos tienen que considerarse desaparecidos». Y es que, apoyándose en el protocolo de exhumaciones del que se dotó la Junta el

pasado verano, cada apertura de «posible» fosa necesita apoyarse en fundamentos históricos que se consideren fiables, el punto que habría fallado en Alfacar.

Así, el barranco de Viznar y el Caracolar, a unos 300 metros, donde otros estudios apuntan que hay cientos de fusilados enterrados, entre ellos Lorca, deberán esperar a la revisión de datos y documentos.

Ninguno de los presentes en la presentación de los resultados –Álvarez y Brenes, pero también la alcaldesa de Alfacar, Fátima Gómez, y el presidente de la Diputación, Antonio Martínez Caler– consideró la operación «un fracaso». Según Caler, «el lugar sigue siendo significativo porque allí se asesinó a unas personas que deben ser recordadas», y Álvarez

anunció que con lo sobrante de la subvención dada a la Agrmh está previsto crear una «instalación de arte y vanguardia» en ese parque. Gómez aclaró que «la consideración de lugar de enterramiento deja de tener sentido si no hay ningún cuerpo allí».

Falta el informe final, que llegará antes de fin de año. Acabará así lo que es sólo un capítulo de todo un *culebrón* mediático que de paso pondrá en duda algunos estudios históricos, recuperará la actualidad de otros y apoyará algunos recientes, pero que sólo revela dónde no estaban Lorca ni sus compañeros. Mientras tanto, las familias que llevan décadas luchando por dar un enterramiento digno a las víctimas de la barbarie tendrán que esperar, inevitablemente, un poco más.

Desilusión entre las familias que buscaban a los asesinados

Granada

Francisco Galadí, nieto del banderillero anarquista Francisco Galadí Melgar, cuya familia es una de las que pidió abrir las fosas de Alfacar, manifestó que se sienten «desilusionados» al saber que no han hallado restos.

Respecto a si pedirán que se busquen los restos de su abuelo en otros enclaves, Galadí dijo que «habrá que investigarlo», aunque declaró que la familia va a «esperar y a dejar pasar unos días antes de tomar una determinación».

Nieves García Catalán, que fue acogida desde pequeña por la familia de Dióscoro Galindo, otro de los supuestamente enterrados junto a Federico García Lorca, ha recibido la noticia «como un jarro de agua fría». García, que pidió la apertura de la fosa, aunque su solicitud finalmente no fue aceptada por la Junta al haber discrepancias en el seno de la familia, se ha mostrado «totalmente perdida y decepcionada».

«Ese lugar y especialmente la sexta fosa que se ha abierto, es donde mi padre decía que estaba mi abuelo y donde le habían indicado que había sido enterrado desde el tercer día tras el fusilamiento», relató.

Aunque no descarta pedir que se busquen los restos en otros lugares, señaló que «llevaría mucho tiempo». «Entiendo que no podemos llenar Granada de agujeros», dijo García, que recordó que «hay muchas otras fosas por investigar y muchas familias esperando».

No obstante, recordó que otras investigaciones apuntan que podrían estar enterrados en el paraje del Caracolar, en el barranco de Viznar, apenas a 300 metros de la zona ahora estudiada, y que la documentación ya fue presentada ante la Audiencia Nacional. «De todas formas, ahí sería todo más complicado porque son terrenos particulares y serían necesarios otro tipo de permisos».



LA FRONTERA

ANTONIO SOLER

Lorca sin Lorca

Unas latas, el tapón de una litrona y la huella de una bala en una piedra. Eso es lo que había en el lugar santificado por la poesía. Allí no está Lorca, ni él ni nadie. Ni la astilla de un hueso, ni un diente perdido. «Las piquetas de los gallos/ cavan buscando la aurora...» y así habrán de seguir los gallos, los gallitos y las piquetas. La búsqueda fúnebre continuará, no se sabe cuándo ni dónde, pero tanta saliva y tanta tinta no puede haberse gastado en balde. Ahora quizá vengan los desgarros de algunos, la decepción, la posible devolución de medallas honoríficas, la renuncia de otros a sentirse españoles, granadinos, lorquianos o lorquistas. El bombo no puede quedar de pronto en silencio, eso significaría humil-

dad, y de eso se ha gastado poco en este episodio tan triste de nuestra historia.

Y vendrán otra vez, claro, más dedos acusadores, apuntando a la familia Lorca, acusándoles de maniobras nocturnas y conocimientos no revelados. También de nuevo acusaciones retrospectivas, otra vez los Rosales, otra vez Ramón Ruiz Alonso, el padre de las artistas con apellidos volados y señalado como máximo responsable de la muerte del poeta. Más carne para la leyenda, como si el escritor se alimentara y creciese con las especulaciones del paradero de sus huesos, como si el misterio de sus versos tuviera que ver con el sitio oscuro donde reposan sus desbaratados restos. Calaveras de plomo y corazones del mismo metal y pensamientos igual de grises, lentos y pesados.

También saldrá de esto una moralina que ponga no en cuarentena pero sí en remojo a los que han acogido la ley de Memoria Histórica no como un camino de restituciones íntimas y dolorosas sino como una reyerta aplazada, un dogma vehemente en el que todo cuadra. Nada cuadra en una guerra civil. Ni los muertos ni los millones de apreciaciones

secundarias. En la nuestra, en nuestra Guerra Civil, si hay algo nítido e incontestable, la rebelión de unos militares contra la legalidad democrática vigente. Después de eso, el desastre. Un desastre que, como no puede ser de otra manera allí donde impera la violencia, se llevó por delante la moderación y a sus representantes, con el presidente de la República, Manuel Azaña, a la cabeza.

El misterio de los restos del poeta está ya más cerca de la novela policíaca que de un verdadero drama

García Lorca, José María Hinojosa, Eduardo Barriobero, el temible Pedro Luis de Gálvez, Manuel Bueno –el escritor que dejó manco a Valle Inclán–, Muñoz Seca, Francisco Valdés, son algunos de los escritores que entre el 36 y el 39 fueron fusilados, asesinados, en un bando o en el otro, por haber de-

fendido ideas, por haber tenido actitudes vitales o sexualidad o procedencia social distinta de la de sus asesinos. El lugar donde estén sus huesos no cambia nada de lo ocurrido. Ahora tendrán que ser los estudiosos del detalle, los historiadores que marraron, quienes digan si el hecho de que García Lorca y los que fueron fusilados con él estén en otro lugar puede variar en algo la anécdota de su muerte, los hechos concretos. Pero por encima de eso estará la inmutabilidad de la barbarie, su enorme horror. Y es precisamente esa barbarie, esa carnicería indiscriminada de tres años –más la despiadada resaca del franquismo– lo que hay que tener presente para analizar los hechos de esa guerra con frialdad, sin tentaciones de conectarlos, aunque sea de modo vago, con el presente.

El misterio del lugar en el que se encuentran los restos de Lorca está ya más cerca de la novela policíaca que de un verdadero drama. El drama fue, pasó, y aunque sería deseable que los huesos aparecieran, quienes quieran hacer de ellos leyenda y propaganda estarán más cerca de quienes discutan sobre el sepulcro vacío de Cristo que de otra cosa.